

aquellas en las cuales la utilización de un objeto o gesto simbólico viene acompañada por el don o recepción de algún bien, superior al símbolo, pero representado por él. Así, la entrega de las llaves de la ciudad al rey simboliza que se le da el poder sobre ella. La entrega de los anillos y las palabras que intercambian los novios significan (y realizan) la promesa mutua de entrega. La señal de la cruz y las palabras que absuelven del sacerdote sobre el penitente simbolizan (y realizan) el perdón de los pecados. La exhibición de la tarjeta roja a un futbolista significa (y realiza) su expulsión del campo de juego. Un doctorado *honoris causa* simboliza el reconocimiento de una comunidad a la sabiduría eminente. El beso es una acción que simboliza variadas formas de amor, etc.

Las acciones simbólicas suelen realizarse mediante *las ceremonias*, y expresan muchas veces la entrega y/o recepción de bienes inmateriales. Hoy en día la comprensión de su sentido se ha debilitado: se pueden ver como puros actos de cortesía y estimación, o de táctica política interesada, rituales obligados, trámites. En otras épocas, las acciones simbólicas se han vivido con más intensidad, como actos que producen lo que significan y que exigen una atmósfera de solemnidad festiva. La barbarie y desigualdad social propias de esas épocas no deberían estorbar la valoración adecuada de cosas poseídas por ellos que hoy valoramos poco. Las acciones simbólicas no son reliquias del pasado, en tanto siguen siendo necesarias para expresar realidades que están más allá de la lógica y de la utilidad. De todos modos, en nuestros días seguimos celebrando algunos de los grandes símbolos (la boda, el nacimiento de un hijo, el amor, etc.).

12.5. EL ARTE: SUS DIMENSIONES

La función simbólica mira, entre otras cosas, a una cierta apropiación de lo no presente. Hay al menos tres modos de llevar a cabo esa apropiación: *la magia, el juego y el arte*. La magia es algo radicalmente distinto del trabajo, pues éste nace del esfuerzo del trabajador y de la capacidad propia de los medios empleados. La magia, por el contrario, consiste en dominar y poseer una realidad ausente, por medio de una palabra, un signo o una acción que «capturan» esa realidad y la ponen a disposición del «mago». Lo mágico es lograr fines con medios desproporcionados¹⁸, lograr los medios para ahorrarse el esfuerzo que exige la manipulación de las cosas, lograr atajos.

Ya hemos hablado del juego, aunque falta señalar que en él es un elemento esencial el que lleve a cabo una representación de algo que no es real *como si fuera de verdad*. La representación propia del juego tiene carácter simbólico: el niño

18. Toda tentación de lograr resultados demasiado fáciles es una recaída en la magia, y por tanto un cierto fraude, una vez que la ciencia y la técnica nos han enseñado que los procedimientos mágicos son una manera primitiva y engañosa de querer alcanzar los fines que nos proponemos; cfr. L. POLO, *Quién es el hombre*, cit., 176.

maneja los coches de juguete *como si* realmente andaran, y para jugar con él hay que hacer lo mismo. El niño deja de ser tal cuando, vestido de indio, deja de ver un sendero peligroso para caer en la cuenta de que no es más que el parque de su barrio y que él está, literalmente «haciendo el indio». O se vive lo jugado como importante y real o no se juega. Pasa lo mismo con el ajedrez: se puede jugar para ganar, e incluso hacer trampas, pero entonces no es un juego sino un *medio para otra cosa* (la victoria). Hay juego en verdad sólo si lo que se busca es *jugar*, al tiempo que eso se toma como una actividad máximamente seria (no hay nada más lógico y frecuente que un enfado porque alguien no se está tomando el juego *en serio* —el «vaquero» que se niega a morir, el otro que salta varias cuadrículas del tablero, el que no se mete en el partido, etc.). El juego tiene la virtud de cambiarnos de realidad.

Resta ahora volver los ojos a esa realidad humana maravillosa que es el arte. La belleza es un valor que en cierto modo convierte en fines a los seres que la tienen, porque éstos se vuelven por sí mismos preferibles. El arte es la actividad humana creadora de belleza. Se trata de un despliegue de la inteligencia y la voluntad creativas, es toda obra cultural dotada de belleza. Tiene, también, las cuatro dimensiones propias de toda obra cultural¹⁹:

1) Lo primero que aparece en el arte antiguo es su función simbólica: las obras de arte tienen al principio una finalidad de uso mágico (pinturas rupestres, totems) y religioso (ídolos, dioses), pues miran a hacer presentes a los espíritus, seres o animales representados. El arte es una respuesta al misterio de las fuerzas cósmicas y naturales, que el hombre trata de apropiarse. El arte siempre ha tenido una finalidad que no es la mera expresión de estados subjetivos, sino la representación del misterio, de lo espiritual, de lo lejano. *No se pueden entender las obras de arte al margen de su referencia a las realidades en ellas representadas.*

2) La realización del objeto artístico es difícil: requiere una pericia que los clásicos llamaron *tejné*, (técnica y arte) o, en latín, *ars*. Durante muchos siglos el arte y la técnica formaron una unidad: la túnica y la máscara de un sacerdote, o las armaduras, eran objetos que tenían valor instrumental, pero también forma artística. Todavía hoy la arquitectura es *ars*, una técnica constructiva, y al mismo tiempo un arte, en el sentido pleno de la palabra. Se dan unidos en ella el conocimiento técnico de los modos de construcción con el sentido estético en la distribución de espacios y formas.

Las formas premodernas de arte eran principalmente *artesanía*, *ars* realizada por gentes expertas en una técnica determinada. Pero la función simbólica seguía siendo decisiva en ellas, pues estaban al servicio de la comunidad: el arte expresaba y materializaba los bienes comunes, preparando los espacios y objetos necesarios para las acciones simbólicas. Quizá las plazas del renacimiento italia-

19. Para ilustrar esta idea se puede consultar E. H. GOMBRICH, *Historia del arte*, Alianza, Madrid, 1992, 3-30.

no sean un claro ejemplo de ello: lugares bellos, de reunión, para ejercitarse la política y para mostrar el poderío de una ciudad y de unos gremios. En estas formas de arte (basta pensar en las catedrales góticas) la obra se eleva por encima del artista, que suele incluso ser anónimo, pues éste se limita a expresar artísticamente los bienes comunes, propios de su tradición.

3) El arte moderno comenzó pronto a separarse de la técnica, porque ésta se unió a la ciencia, exigiendo una excesiva especialización para llegar a dominar el mundo. Son entonces progresivamente superadas las antiguas formas mágicas, míticas y literarias de sabiduría, y se sustituyen por la ciencia moderna. Se acentúa e independiza desde ese momento, y cada vez más, la función expresiva del arte, en cuyas obras se busca sobre todo la plasmación de una belleza estética.

«La historia de la civilización occidental es la historia de la progresiva autonomización del arte»²⁰, que se hace cada vez más independiente de su finalidad social. Aparecen entonces, con brillo propio, el autor y el destinatario individual de la obra de arte, el valor formal y expresivo de la belleza estética, su fuerza representativa de la realidad y la verdad artísticamente expresadas, la importancia de las condiciones subjetivas de inspiración e imaginación del autor, la creciente importancia de la figura del artista, su reconocimiento social, etc. En el arte moderno la función expresiva del arte pasa a ser con mucho la más importante, y el arte del pasado es visto también desde esta perspectiva. En la medida en que se acentúa la búsqueda de la belleza como un fin independiente de la utilidad, el arte se convierte en un territorio autónomo, regido por las leyes estéticas.

Si volvemos la mirada al arte actual, veremos en él dos grandes territorios bien diferenciados. En uno ha desaparecido la utilidad de la obra artística y todo uso de ella que sea distinto a su pura contemplación y estudio. En el otro pervive ante todo la función productiva, puesta al servicio de una utilidad completamente especial, y que llamaremos ornamental o decorativa.

El primer territorio pertenece a la actividad artística que sólo busca la belleza, y está representado de modo arquetípico por *la poesía*. La poesía reside en el valor expresivo y en la belleza de las palabras, que son las que hacen presente la realidad nombrada. Lo mismo puede aplicarse a las piezas maestras de la música, aunque el valor acompañante de ésta para otras dimensiones de la vida es muy grande. Muy relacionado con éste está el de los mundos imaginados por las artes literarias (teatro, novela, etc.) y por el cine. Los mundos-ficción que el hombre crea son escenarios privilegiados del arte y la creatividad humana. El territorio autónomo de los mundos ficticios es expresión de lo que constituye la riqueza simbólica del hombre, recreación e imitación de una realidad evocada, al servicio de la necesidad humana de encontrar el sentido de las cosas.

20. D. INNERARITY, *La irrealidad literaria*, EUNSA, Pamplona, 1995, 98. Para ilustrar este proceso, cfr. ibíd., 48-60, 96-103.

Este territorio de realidades imaginarias creadas por el arte no es mero capricho, una especie de entretenimiento banal o poco serio. Más bien, por medio del arte, la narración literaria, y en general las acciones simbólicas, se constituyen los modos humanos de encontrar el verdadero sentido de las cosas. Ésa es su función irrenunciable. ¿Por qué? Porque el sentido de los seres, de la vida y del mundo no se conoce por medio de un tratamiento puramente científico de la realidad. La persona actúa, pero para saber hacerlo necesita tener una dirección que tomar, encontrar un sentido reconocible en las cosas que encuentra en su camino. Para descubrir el sentido de lo que le rodea y de su propia conducta, el hombre necesita *explicaciones* que le ayuden a reconocer el valor y la belleza que los seres tienen de por sí, a conocer y querer lo bello, lo incondicionado, lo valioso.

La racionalidad científica, por ser analítica, no descubre el significado de lo humano y lo natural, porque lo abstrae y lo separa del tiempo. Cuando esa racionalidad pretende erigirse en punto de vista privilegiado se vuelve insopportable. Se hace necesario entonces el regreso a formas de «iluminación de la realidad» que hagan manifiesto en ella «un sentido reconocible», que le dé «familiaridad con el espíritu humano»²¹. Ese recobrar la significación global del mundo se hace a través del mito, de la narración poética, de las ficciones, etc. Es decir, por ser la vida humana temporal y limitada, su sentido se muestra en formas de conocimiento que de forma simbólica nos explican las realidades presentes y nos acercan las ausentes, de un modo que la ciencia positiva no alcanza a captar²². Se puede afirmar que el fin del arte es expresar el sentido y la belleza de las cosas.

En el mundo del arte y la literatura, las formas bellas se consiguen con el uso, genial y acertado, de los medios expresivos que el artista posee. Es un arte que busca un espectador, un receptor. La cultura europea ha desarrollado extraordinariamente este aspecto de la cultura, como vehículo comunicativo de dos subjetividades, sobre todo gracias al desarrollo de la escritura y la lectura individuales²³. Sin embargo, no conviene olvidar que el discurso narrativo, y la capacidad artística y representativa, es empleado por el hombre con el fin de expresar y transmitir modelos de los que se ha sacado un conocimiento y una experiencia que se quiere transmitir. La función expresiva del arte es también comunicativa de aquellas verdades, valores y bienes comunes que constituyen el patrimonio de una comunidad²⁴. Una consideración puramente solipsista de la actividad de creación

21. D. INNERARITY, *La irreabilidad literaria*, cit., 119.

22. El movimiento romántico, como muchos otros intentos culturales de los siglos XIX y XX, pretendió devolverle al arte su lugar propio en la vida humana, frente al privilegio de la razón abstracta del racionalismo; cfr. D. INNERARITY, *Hegel y el romanticismo*, cit., 59-80.

23. D. INNERARITY, *La irreabilidad literaria*, cit., 61-93.

24. La comprensión del arte, aunque haya de ser hecha en el silencio de la intimidad, no es nunca una experiencia meramente subjetiva, puesto que por esencia significa entrar en diálogo con una obra que está ahí, y, a través de ella, con su autor y con los valores que expresa.

y contemplación artística olvida que la cultura es, ante todo, manifestación y esperanza de diálogo.

12.6. LA TRANSMISIÓN DE LA CULTURA, O EL ARTE DE EDUCAR

A lo largo de estas páginas se han hecho ya muchas indicaciones sobre lo que es *educar*. Al proceso de socialización primaria, mediante la cual se aprende a vivir dentro de la familia, lo llamamos formación de la personalidad humana. Aprender a ser hombre o mujer consiste en aprender a dirigirse a uno mismo, y lograr la armonía del alma gracias a la educación moral de los sentimientos. Conducir la propia vida es aprender el arte de vivir. Esto implica que educar es enseñar no sólo conocimientos teóricos, sino sobre todo modelos y valores que guíen el conocimiento práctico y la acción, y ayuden a adquirir convicciones e ideales, logrando una educación en los valores y en las virtudes. Educar es entonces cumplir la función perfectiva de la autoridad: comunicar la excelencia.

Enseñar la verdad también es educar. La verdad científica va de la mano de la técnica, que es su aplicación: la enseñanza de ambas ayuda a incorporarlas de tal modo que pueda adquirirse *una profesión*, por medio de la cual el ser humano se instala ocupando su puesto en la sociedad, a la vez que adquiere el punto de vista desde el que poder aportar realidades nuevas al lugar en que se vive. Por eso mismo el paro forzoso es un atentado tan grande contra la persona humana: es impedir que alguien pueda ser útil, a la vez que se le hace saber que no lo es: se le pide que no moleste, que ya se le pagará un subsidio o una jubilación anticipada, pero que no tiene nada más que darnos. Condenar a alguien a la mera *supervivencia* es desterrarle del mundo de los hombres. Precisamente por ello la profesión es un asunto tan importante.

Parte de esta enseñanza acerca del pasado es la transmisión de la cultura. No hay verdadera educación sin transmisión de cultura, sin enseñanza de los gestos, palabras, acciones de quienes nos han precedido. La cultura forma el depósito donde encontrar el sentido de las realidades que para nosotros son valiosas. La cultura, como enseñó Hegel, es el lugar donde se transciende el estrecho marco de las ocurrencias particulares, de las voluntades interesadas. Sin aprendizaje no hay hombre.

La asimilación de la cultura no puede hacerse individualmente más que en pequeña medida: educar no es una mera transmisión de conocimientos. Consiste en transmitir ideales y tareas vitales, pero eso tan sólo se consigue por medio de una relación de amistad, también entre el educador y el discípulo: los lugares donde más se aprende son aquellos en los que reina la confianza.

Al mismo tiempo, la educación, como comunicación de la excelencia y transmisión de la verdad, exige una cierta *auctoritas* en el que enseña, a la vez que